

# Futbolista a base de gritos

J. QUIXANO, **Barcelona**  
Ramon, su padre, tuvo que ponerse muchas veces los guantes para enseñarle a chutar. Se enfadó, sin embargo, otras tantas. El chaval, que no se cansaba de correr por los pasillos de su casa con una pelota de goma y envuelto en una camiseta de fútbol, chutaba bastante bien, pero lo hacía en la dirección opuesta a la portería. Ahora, el esfuerzo de ambos, del padre y del niño, ha fructificado. Jofre Mateu (Lleida, 1980), interior izquierdo, es uno de los refuerzos del Espanyol. "Es un jugador de banda que, además de calidad, tiene llegada", argumenta Miguel Ángel Lotina, el entrenador blanquiazul.

El fútbol siempre fue la prioridad de Jofre. "Creo que tuve más balones que nadie, pero me encantaba porque no dependía de nadie para formar parte de uno de los equipos del recreo. Los escogía yo", rememora el futbolista zurdo. Tanta pelota, tantos partidos y tantas ganas de jugar acabaron por inscribirle en el Lleida a los siete años. Siguieron, por supuesto, acompañándole los gritos de su padre. "Se ponía en la banda y casi le oía más a él que al entrenador", asegura. Un técnico, Joan Vilà, le marcó de por vida al obligarle a practicar todo el día los centros desde el vértice del área, desde el córner. Surtió efecto el entrenamiento; fue el más destacado en el torneo alevín de Brunete de selecciones.

Así lo advirtieron los ojeadores del Barça, que a los 13 años le vieron en un campeonato terri-

torial sub-14 y al día siguiente ya estaba en La Masia. Admite que fueron unos años maravillosos porque, además de estar todo el día con un balón, era recogerpelotas del *dream team*. "El que más me gustaba era Laudrup, pero Stoichkov era más carismático", explica con la misma sonrisa que ofrecía a los jugadores al lanzarles el balón. Su ídolo, en cualquier caso, fue Paolo Futre. En 1992, en la final de la Copa que el Atlético le ganó al Madrid, Futre pasó a ser algo más que un ídolo. Cuando el portugués iba camino de recibir la Copa, un niño, casi llorando, se le acercó para tocarle y el jugador le devolvió su gesto con una sonrisa. El niño, obviamente, era Jofre.

El chaval creció, progresó y

---

Joan Vilà le marcó de por vida al obligarle a practicar todo el día los centros desde el córner

---

llegó a debutar con el Barça de Louis van Gaal en el último partido de la temporada 1997-1998 ante la Real, y marcó el gol del honor (4-1). Nunca más volvió a contar con la confianza del técnico. Zenden le ganó la plaza en el primer equipo y Nano en el filial, previo paso por el Mallorca B, equipo en el que coincidió con Riera, hoy de nuevo su compañero. Jofre se redimió en el Levante,



Jofre, el día de su presentación en el Espanyol. / CARLOS MIRA

al que llegó en 2002 y siempre fue titular, hasta la llegada al banquillo de Schuster. Allí, en Valencia, entabló amistad con Cristian, un peluquero que se recreó con su pelo, un día de color naranja y al otro coronado por una cresta. Además, estudió todas las tardes: inglés y francés, gestión y dirección de empresas y tomó clases de guitarra y de cajón flamenco.

Ahora, tras ser pretendido por el Marsella, espera triunfar en el Espanyol. Jofre, seguramente, no perderá la tradición de escuchar el Canto del Loco antes de los partidos —"para salir desde el principio enchufado"—. Pero tampoco perderán sus hábitos los que le enseñaron a jugar: Joan Vilà y, sobre todo, su padre Ramon, que a buen seguro le continuará gritando, le oiga o no.